

El Acantilado, 518
LA SOMBRA DEL
PADRE



ANTONIO MONEGAL

LA SOMBRA DEL
PADRE

BARCELONA 2026



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2026 by Antonio Monegal Brancós
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 979-13-87964-14-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 3307-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A J. M. V. y C. B. S., in memoriam.

A Ana, que comparte los recuerdos.

A Joan i Marc, perquè per a ells ho he escrit.

NOTA DEL EDITOR

Esta obra incluye citas en distintos idiomas. Para evitar interrumpir la lectura con notas al pie en las que ofrecer traducción de los mismos, el lector dispone al final del libro de un apéndice donde encontrará las traducciones. Asimismo, se ha respetado el estilo de los textos citados procedentes de la prensa, cartas u otros documentos vertidos por el autor.

Amor es la palabra clave: sabes que es una tarea imposible, pero sigues excavando. Te das cuenta de que todas las palabras dichas, los caminos tomados y las lecciones aprendidas no devolverán la vida a tus muertos, ni siquiera en el espacio limitado de tu escritura. Al final, estás de pie ahí, en algún lugar, junto a quienes perdiste—tú viva, ellos no—en completo silencio, un silencio que es una forma de abrazo. Estás finalmente en casa. Estás del todo vacía—y has llegado.

MARÍA STEPÁNOVA*

Tal vez habré de recurrir a la ficción, porque otro camino no tengo. Unas pocas pistas y algún recuerdo. El rastro está frío. No quedan testigos. Ni le importa a nadie. No es un gran misterio de consecuencias planetarias. Escasamente me motivaba a mí, por lo menos si nos guiamos por los largos años en que no le he prestado atención alguna. Cuando uno llega a esta parte de la vida en la que el reloj empieza la cuenta atrás, o por lo menos así lo siente, la escala de las cosas cambia. Pasan a primer plano detalles que antes eran un pequeño punto en la distancia.

La causa fue la caja. De madera oscura, alargada y estrecha, debió de ser algún tipo de maletín porque tiene los enganches para un asa que perdió y una cerradura de

* Entrevista publicada en *The Guardian*, 11 de febrero de 2021.

la cual, sorprendentemente, se conserva la pequeña llave. Más grande que un estuche de flauta, más pequeña que el de trompeta. Por dentro está forrada de tela de color crudo. La tapa tuvo un doble fondo que ya no está. En ella lleva grabado a fuego su apodo familiar, medio emborronado. Algo debía de significar si, de todo lo que representaba su pasado, de los innumerables equipajes de su vida de nómada, de los objetos que pasaron por sus manos, sólo aquello había conservado. Le acompañó cuando de todo se deshizo. Durante décadas, hasta que ya era otra persona y la escondió en un rincón. Cavó un cortafuegos respecto a aquel tiempo de libertad y supuestas aventuras. Lo llenaba su palabra, mientras duró, porque le gustaba contar historias. Quién sabe si ciertas o exageradas. Por sus escritos se comprueba que era un fabulador. Un romántico. Aquellos supuestos poemas, cuatro o cinco carpetas viejas de borradores y versiones en limpio, con ilusión de ser libros, a las que también se aferró, aunque nunca quiso que mi madre las leyera, eran otra cortina de humo. Tenue, exótica, modernista, imitación de estilos admirados. Sólo una carta, escrita a su hermana menor desde Portugal, en fecha indeterminada, revela que algo tienen de autobiográfico. Sin embargo, quedó la caja con algunos indicios. Documentos, pocos y extrañamente elegidos, pero que dejan un rastro, prueban algunos hitos. Una recomendación dirigida a su nuevo comandante en Marruecos; una carta anunciando una plaza en la Mehal-la Jalifiana, ambas de 1934; un permiso para portar pistola sellado en Jerez en agosto de 1936; un salvoconducto de Falange para trasladarse de Ronda a Jerez, de octubre del mismo año; un saluda del gobernador civil de Gerona que acompañaba una carta de presentación para el cónsul de Portugal, de 1941. ¿Por qué éstos y no otros que hablen de momentos distintos, quizá no menos

significativos o insignificantes? Y dos copias al carbón de una larga carta que enumera agravios testamentarios y amenaza con una querrela judicial.

Enormes elipsis. Pobres piezas de un puzle del que falta casi todo. Habrá que imaginar. O inventar. De niño yo imaginaba. Antes y después de perderlo. Luego ya no. Di por sabido lo imaginado, o lo que nos contó, y no le di más vueltas. No me interesaba. Pude haber preguntado a quien sabía mucho, pero no quise hacerlo nunca porque me parecía una traición a la que no sabía o sabía menos. Quizá porque, para él, no contárselo era una forma de respeto, una demostración de que había hecho borrón y cuenta nueva. O porque ella no tenía curiosidad acerca de unas batallitas antiguas, de otra época y otro mundo. O porque temía descubrir que aquel hombre no era el que parecía ser con ella y su familia, el esposo y padre dulce, atento y entregado. No por miedo a escandalizarse, porque seguro que el escándalo hipotético formó parte desde el principio de lo que la atrajo de él. Las murmuraciones que lo rodeaban. Nada más tentador para una mujer soltera y virgen de treinta y pocos años. Ella también imaginó lo que no sabía.

La caja debe de ser muy vieja si le había acompañado por todos aquellos lugares. España, Francia, Inglaterra, Portugal, y las islas Azores, Madeira, Canarias. El Marruecos francés y el español. Tánger, Tetuán, Cabo Juby, Ifni. Un mapa relativamente compacto para los hábitos viajeros actuales. Sólo un par de continentes y en esencia la parte más próxima entre ambos. El mapa de un mundo colonial que poco después iniciaría su declive, el principio del final, y que murió hacia la época en que él sentó la cabeza. Su boda coincidió con la independencia de Marruecos y la batalla de Argel. La pequeña historia en medio de la grande, la que lleva mayúscula. En la pequeña, si hay suerte, se ama. Lo

de los hijos es un regalo extra, que en su caso se hizo esperar. Lo disfrutó pocos años.

Es con seguridad un esfuerzo inútil. Aquel pasado suyo no está a mi alcance. Ningún pasado ajeno lo está y el propio, escasamente. Me adentro en el territorio de la leyenda. Una leyenda privada, de nula relevancia para el resto de la gente, pero que a mí me hizo quien soy porque crecí a su sombra. Para bien o para mal, aquel hombre que sonreía y bromeaba en las películas caseras de ocho milímetros, y que nos dejó demasiado pronto, fue el modelo del hombre que yo nunca podría ni sabría ser. Un aventurero, un seductor, un señor de los de antes, como se acostumbraba a decir. Tal vez anacrónico ya en vida, con su sombrero, guantes y bastón, en un mundo que empezaba a cambiar. Arquetipo de unos valores que me resultan del todo extraños. Es difícil creer en héroes más allá de la infancia; sin embargo, los reencontramos al volver a ella en el recuerdo.

¿Cómo forjar una escritura que no sea sentimental? Ni épica. Porque la sustancia da para ambas cosas. ¿Cómo superar la infancia mientras se revisita y nos envuelve como una niebla pegajosa? ¿Cómo escapar de la sombra del padre? Sartre escribió en *Las palabras* que la única manera de no tener superego es perder pronto al padre. Se equivocaba. Cuando lo leí por primera vez me pareció una lúcida intuición. Suena bien, pero no pasa de ser una broma ingeniosa, sin fundamento real. Una ilusión para el consuelo de quienes quisieran soñarse libres. Falacias para escribir bonitos libros presuntamente sinceros. Los fantasmas son tan poderosos como los padres vivos con los que poder por lo menos pelearse. Nos atrapan en la estela de lo que no fue, de lo que no sabemos. De la irreparable pérdida. No sé cómo lo llaman los psicólogos. Nunca me tomé el trabajo de ir a preguntárselo porque no confiaba en que

tuvieran la cura. Imposible liberarse. Tampoco escribiendo. Estas páginas no tienen ninguna pretensión terapéutica. Para eso sería demasiado tarde. El barro se ha secado y todas las huellas están sólidas en su sitio. En especial, las invisibles. Los errores, las carencias, los complejos, las insuficiencias, las confusiones ya no tienen remedio, y de lo que salió razonablemente bien hay que dar gracias. ¿Para qué, entonces? Para contarlo. Porque quizá aún estoy a tiempo. A tiempo de contar, no de saber. Contar lo que no sé, lo que no puedo saber. No es inevitable esta exploración. Uno puede morir sin emprender el viaje a un pasado que no es suyo. Sin embargo, cuando la curiosidad asalta, es difícil eludir el reto.

Cabo Juby. Está en la lista de los lugares por los que pasó, en la carta a su hermana, pero no dice en qué momento ni hay motivo para suponer que el orden de la enumeración sea cronológico. De los nombres que cita, es el más desconocido y misteriosamente evocador. Cuando él estuvo allí, antes de la Guerra Civil, Cabo Juby era un rincón remoto y desolado en la franja sur del protectorado español en Marruecos. Una cuña de más de treinta mil kilómetros cuadrados de desierto situada entre la zona del protectorado francés, lo que era propiamente el Sáhara español y el mar, justo a la altura de las Canarias. Estaba habitado en su mayor parte por tribus nómadas.

Un escocés llamado Donald Mackenzie, fundador y propietario de la North-West Africa Company, construyó en 1879 en Cabo Juby un establecimiento para comerciar con los bereberes. Un macizo edificio de piedra, casi una fortificación, sobre unas rocas frente a costa, que con marea alta quedaba rodeado de agua. Desde allí les compraba a

los locales lanas y pieles, y les vendía té, azúcar, harina y tejidos. Es probable que también traficara con fusiles Peabody. El puesto contaba con una notable guarnición de mercenarios, al mando de un antiguo sargento del Ejército inglés. Mackenzie lo llamó Port Victoria, y con la llegada de los españoles pasó a conocerse como Casa del Mar. Sus ruinas siguen en pie en lo que ahora se denomina Tarfaya.

Los españoles se asentaron allí cuando en 1916 el capitán Francisco Bens, gobernador de Río de Oro, tomó posesión oficialmente de aquel territorio cedido a España unos años antes en un tratado. He visto fotos de cómo era aquello en los años treinta. El fuerte español frente a la playa, con la muralla que rodeaba el perímetro del amplio y vacío patio de armas, tan desértico como la tierra que lo rodeaba, y unas pocas edificaciones en las esquinas a modo de baluartes. Fuera de la muralla, algunas casas o almacenes, el aeródromo, el acuartelamiento de los meharistas nativos con los establos y corrales para los dromedarios, y el poblado de jaimas donde vivían la mayoría de los áscaris con sus familias. Más allá, una tierra que los españoles no pisaban más que al mando de tropas nómadas o cuando un avión tenía que hacer un aterrizaje forzoso. Un paisaje de arena y viento.

Una nota a pie de página que no hace falta poner al pie, porque todo lo que escribo son notas al pie de un texto ausente: en Cabo Juby estuvo destinado Antoine de Saint-Exupéry como jefe de escala cuando era piloto de la línea aeropostal Dakar-Villa Bens (Cabo Juby)-Casablanca, a finales de los años veinte; unos pocos antes de que llegara mi padre. Allí escribió *Correo del Sur*, su primera novela; un relato parcialmente autobiográfico sobre aquella época pionera de la aviación, mezclado con un melodrama sentimental sobre los amores entre un piloto y una mujer casa-

da. Hay una versión cinematográfica de 1937, con adaptación del propio Saint-Exupéry y dirigida por Pierre Billon; recibió críticas nefastas en el momento del estreno, aunque tiene curiosas analogías con *La regla del juego*, obra maestra de Jean Renoir, estrenada dos años después: el adulterio, el as de la aviación, el ambiente de clase alta con cacería incluida. Aparte de las reflexiones sobre la experiencia heroica y solitaria de los primeros aviadores comerciales, Saint-Exupéry nos transmitió su visión del desierto, que quizá habría suscrito mi padre: «Viví en el Sáhara. Soñé, también yo, después de tantos otros, con su magia. Cualquiera que haya conocido la vida en el Sáhara, donde aparentemente todo es mera soledad y desamparo, llora aquellos años, a pesar de todo, como los más hermosos que le ha tocado vivir».

Desde Cabo Juby, el coronel Oswaldo Capaz planeó y llevó a término la ocupación efectiva de Ifni el 4 de abril de 1934, a bordo del cañonero *Canalejas*, tras una tentativa infructuosa un año antes del comandante Eduardo Cañizares en el buque de transporte *Almirante Lobo*. Capaz fue delegado de Asuntos Indígenas, a cargo del Servicio de Intervenciones, y luego gobernador de Ifni. Otra nota incidental: Capaz pasó la mayor parte de su carrera militar en África, pero el golpe de Estado le sorprendió en Madrid, donde fue arrestado y posteriormente fusilado por milicianos anarquistas en la pradera de San Isidro el 23 de agosto. Los historiadores no se ponen de acuerdo en si era leal a la República, y su viaje a Madrid el 17 de julio, cuando era comandante general de Ceuta, es una prueba de su voluntad de no participar en la sublevación, de la que con toda probabilidad estaba informado, o si en realidad se trataba de una maniobra para evitar comprometerse de forma explícita demasiado pronto, a pesar de estar implicado. Ramón

Serrano Suñer, ministro y cuñado de Franco, coincidió con Capaz en la cárcel Modelo de Madrid los días anteriores a su ejecución y sostuvo en un artículo publicado en el *ABC* en 1985 que Capaz se mantuvo fiel al Gobierno, pero que fue encarcelado por negarse a mandar a «gentes alborotadas» en lugar de a soldados, y que expresó su desconfianza en las posibilidades de victoria de las fuerzas republicanas frente a un ejército organizado y jerarquizado. Para el *ABC* fue «uno de los grandes héroes de España» por ser el último militar en ensanchar, con Ifni, «el territorio patrio». Y esta retórica no es siquiera de la época del artículo de Serrano Suñer, sino de una repesca reciente del personaje.

El nombre de Capaz salía con frecuencia en las historias que mi padre nos contaba. Estuvo bajo su mando y al parecer tuvieron contacto frecuente. La reputación de Capaz como hombre hábil, recto y respetado por sus subordinados se reflejaba en aquellas evocaciones. Y en el apellido, que me extraña no haber olvidado. O quizá sencillamente lo reconocí al leerlo; algo resonó entre aquellos ecos lejanos. La memoria tiene resortes extraños, incontrolables.

¿Qué sentido tuvo aquella empresa colonial española, ocupar un territorio paupérrimo que ni el sultán reconocía como parte de su dominio? ¿Estar allí, para no ser menos que los franceses? ¿Fingir que el país se sentaba a la mesa de las grandes potencias? ¿Y qué se le había perdido allí a un joven de buena familia, que debió de llegar con veintidós o veintitrés años, poco después de la proclamación de la República? Se supone que se alistó porque era monárquico. A esa edad, ¿hasta qué punto un motivo político justificaba marcharse? ¿De qué huía? ¿Qué buscaba? Era un cambio radical de vida, cuyas consecuencias se alargaron hasta bien entrados los años cincuenta. Cuesta entender qué significaba entonces esa etiqueta: ser monárquico. Hoy sue-

na a una minucia más o menos decorativa, más o menos romántica. A otro anacronismo. Lo fue incluso durante el franquismo. Debió de significar que era conservador, porque lo era. Reacio a los cambios que la política traía, aunque por esa causa se embarcó en un cambio personal absoluto.

¿Por qué he elegido empezar por Cabo Juby, el más apartado de aquellos lugares, del cual no sé nada, ni cuándo fue él ni qué hacía allí? En cierto modo, Cabo Juby es el epítome de mi empeño. Un trozo perdido de desierto donde cuesta recuperar lo enterrado por las arenas del tiempo. Nada más ajeno, menos familiar que aquel paisaje, y sin embargo es allí donde busco estos antecedentes familiares, al ser humano tan próximo y no por ello menos desconocido. Comienzo en lo más lejano con la esperanza de ir acercándome.

Por fin he entendido, al volver a encontrármela después de tantos años, por qué le gustaba tanto *Beau Geste*, una película que vimos juntos un par de veces durante mi infancia, creo que en una copia incompleta porque nunca comprendí ni el desenlace ni por qué nos la hacía ver. Era la versión de 1939, con Gary Cooper como protagonista. La historia de tres hermanos de la alta sociedad inglesa que se alistaron en la Legión Extranjera por un asunto de honor. Me llamó entonces la atención el entierro vikingo que enmarca el relato, al principio como un juego de niños y hacia el final como ceremonia fúnebre improvisada cuando muere Beau (Cooper). Éste había dicho, mientras jugaban, que le gustaría tener un entierro vikingo, y para cumplir su deseo, a falta de un barco en el agua, su hermano incendia el cuartel lleno de cadáveres que se alza en un mar de arena. Debió de ser aquel paisaje, la aventura en el desierto, las condiciones extremas, los jóvenes intrépidos que abandonaron una vida cómoda para lanzarse a lo desconocido, todo aquel roman-

ticismo de un mundo desaparecido lo que le traía recuerdos. Él pudo haber leído en inglés la novela de P. C. Wren, publicada en 1924, o visto la primera adaptación cinematográfica, muda, dirigida por Herbert Brenon y protagonizada por Ronald Colman, que se realizó muy pronto, en 1926, debido al éxito de la novela. En Barcelona se exhibió en 1927 en el cine Tívoli. Quién sabe si aquel relato heroico, idealizado, que habría leído en plena adolescencia, influyó en su decisión de emprender la odisea africana.

Movido por similar impulso, le atraían los piratas, un tema sobre el que acumuló unos cuantos libros en su biblioteca. Tenía un grueso volumen, encuadernado en tela roja, de *Historia general de la piratería*, de Ángeles Masía de Ros, edición de 1959, muy completo y documentado, que recuperé por azar cuando lo creía perdido. Y una versión ilustrada, más breve y entretenida, que compró para iniciarnos en el tema, además de un montón de novelas en inglés sobre aventuras marítimas. Una fascinación más propia de un adolescente que de un adulto, aunque se explica por su pasión por el mar. Personajes desajustados vagando por aquel otro desierto de agua. Qué contraste con las rutinas burguesas en las que se instaló al regresar a Barcelona, cuando se casó y sentó la cabeza en los años cincuenta, el último episodio de aquella travesía, el del pirata que regresa a puerto. Supongo que él quería que fuera el definitivo y más largo y se quedó en el definitivo, del cual nacimos quienes hoy podemos echar esta mirada atrás.

Puede que todos llevemos dentro el tumor, benigno, de la nostalgia por aquella vida más excitante que imaginamos en la infancia. Para la mayoría no pasó de ser una fantasía y nos resignamos a las renunciadas y la monotonía de la edad adulta. ¿Cómo lo sobrellevan quienes probaron el sabor de la aventura, quienes de verdad se la jugaron y coquetea-

ron con el peligro y la muerte? ¿Acaso no consiste en eso el síndrome de Peter Pan? ¿En aferrarse al sueño de que aún se puede zarpar hacia los mares del Sur, el desierto o la selva? Una atracción tal vez más imperiosa para los que ya estuvieron allí y sienten el desgarró. Aquiles convertido en padre habría sido un ser disminuido, aplastado por las responsabilidades.

Quizá si me hubieran avisado, si me hubieran dicho que no podía contar con que fuera para siempre, la traición no habría sido tan completa, el abandono tan devastador. Pero era demasiado pronto. Para que yo lo entendiera. Para que él lo anticipara. Nadie se adelanta tanto a los acontecimientos ni se prepara lo suficiente para lo peor. Fue por sorpresa. Con nocturnidad, pero sin alevosía.

No creo que yo tuviera edad para darme cuenta de las posibles consecuencias de tener un padre mayor. Mis hijos, sin embargo, son ya conscientes de ello y a veces hasta lo comentan medio en broma. Debe de ser un mecanismo de defensa.

La caja de madera vino a parar a mis manos cuando mi hermana tuvo que dejar el piso donde había vivido toda la vida y que había sido el hogar familiar. Se trasladó a uno más pequeño en la misma calle. Como acostumbra a pasar, no todo cabía en él. Seis décadas de cachivaches acumulados. Vaciar pisos comporta seleccionar y enfrentarse al recuerdo. Es un ejercicio emocional. Cuando la psicoanalista Lydia Flem escribió *Cómo vacié la casa de mis padres*, lo hizo en medio de un violento duelo, arrebatada por un torbellino de sentimientos, tras el fallecimiento de su madre. Tuvo

que llevar a cabo aquella tarea en caliente. Cuando mi hermana se mudó de aquel ático, hacía ya unos cuantos años de la muerte de mi madre. Para ella el duelo fue más lento, largo y doloroso que para mí, porque habían convivido hasta cerca del final, pero a la vez había tenido la oportunidad de empezar a organizar, seleccionar y hacer limpieza de papeles, ropa y trastos poco a poco, desde antes de saber que se iría. Yo lo procesé de otro modo, con mayor distanciamiento, supongo que por mi manera de ser, para bien o para mal, y por las distintas circunstancias personales, así que aquel capítulo está cerrado y las emociones despejadas cuando escribo esto, sobre todo porque no ahondo en la muerte de mi madre, sino en la muy anterior de mi padre. Hasta qué punto la tendencia al desapego y la actitud ante la muerte de un progenitor tiene que ver con la pérdida temprana del otro es un tema que quizá debería comentar con mi psicoanalista, si lo tuviera.

Es curioso que, en una cultura entregada a la capitalización y la comercialización del pasado, obsesionada con la memoria—una moda por la que yo mismo me dejo llevar—, las antigüedades se hayan desvalorizado tanto. Nadie quiere aquellos muebles sólidos, fabricados para durar generaciones y pasar de una a otra. Los anticuarios no se distinguen de los traperos, nos ayudan a desembarazarnos de una carga molesta. Mi hermana se deshizo de la mayor parte de los muebles y de los libros. Rescaté los que me interesaban, algunos de los cuales eran míos y se habían quedado allí cuando inicié mi propio éxodo. Creo que el único mueble que ella conservó, aparte del sofá y los sillones, fue una librería modernista, decorada con intrincados adornos vegetales tallados en madera que se superponen sobre el vidrio que cierra la vitrina, como las plantas que en el cine de ciencia ficción crecen sin freno. Contiene algunos libros

atesorados por mi padre, como unas ediciones en gran formato de la *Divina comedia* y el *Orlando furioso* ilustradas por Gustave Doré, otra también enorme y pesada del *Quijote* y una colección completa, con la encuadernación modernista original, de la revista *Juventut*, que habían pertenecido a mi abuelo y fueron de las pocas cosas que mi padre se llevó en herencia al morir mi abuela.

Salió a la luz todo lo que mi hermana había custodiado en armarios, cajas y cajones. Nos repartimos menajes y objetos con valor sentimental. Y alquilé un trastero para guardar lo que ninguno de los dos sabía dónde poner pero no queríamos tirar. Allí fue a parar la caja. Hasta que yo también me mudé, aunque a un piso más grande, porque la experiencia de un confinamiento nos había hecho ver que los chicos crecían y todos necesitábamos más espacio. Suficiente espacio para recuperar el contenido del trastero. Así me convertí yo en custodio de, por lo menos, parte de aquella memoria familiar. Incluida la caja, que por fin tenía al alcance de mi curiosidad. Lo más extraño es que no recuerdo haberla visto nunca antes del traslado de mi hermana, aunque ella me aseguró que siempre había estado allí.

Su padre había muerto el 4 de febrero de 1933. Siempre decía que el motivo de su marcha había sido político, que tuvo que irse de la España republicana por ser monárquico. ¿Es posible que influyeran también circunstancias familiares? Un tiempo después, su madre se casó en segundas nupcias con el que había sido el mejor amigo de su marido, de quien más adelante también enviudaría. Supongo que a mi padre le afectó la pérdida del suyo y quizá necesitaba un cambio de aires, labrarse un camino propio. Mi abuelo debió de ser un personaje carismático, dedicado a la abogacía, las le-

tras, la política y las tertulias de café. Hasta habían dado su nombre a un coctel en el café Continental. Fue uno de los mecenas de la revista catalanista *Juventut*, donde publicaba asiduamente, y militó en la Unió Catalanista, Esquerra Catalana y la Unió Federal Nacionalista Republicana, entre otras organizaciones.

En febrero de 1908, un consejo de guerra le condenó a dos meses y un día de arresto mayor por desacato a la autoridad militar a consecuencia de un artículo que había publicado en *El Poble Català* en noviembre del año anterior con el título «Per l'aniversari» contra la Ley de Jurisdicciones, también conocida como «Ley para la represión de los delitos contra la Patria y el Ejército». Se cumplían dos años del asalto de un grupo de oficiales a la sede del semanario satírico catalanista *¡Cu-Cut!*, que dio pie a la promulgación de dicha ley, cediendo a la presión del Ejército. El artículo se hacía eco de la aplastante victoria en las elecciones generales de aquel año de la coalición Solidaritat Catalana, formada como reacción a la promulgación de la ley, que había obtenido cuarenta y uno de los cuarenta y cuatro diputados que correspondían a Cataluña. El fiscal militar había pedido cuatro años y dos meses de prisión para mi abuelo, que cumplió la condena de arresto de dos meses y un día en la celda 484 de la cárcel Modelo, cómodamente amueblada con algunos de sus propios enseres y adonde le llevaban la comida del café Continental. Tengo copia de una foto en la que se lo ve sentado ante una repisa en la pared, dispuesta como escritorio, con una alfombra a los pies de la butaca. Las paredes del fondo son austeras y las medidas de la habitación, reducidas, pero no hay manera de deducir de la imagen que está encarcelado. Lo único chocante es un recipiente alto en el suelo, bajo la mesita, de metal esmaltado o porcelana, que podría tratarse de una jarra o un orinal.